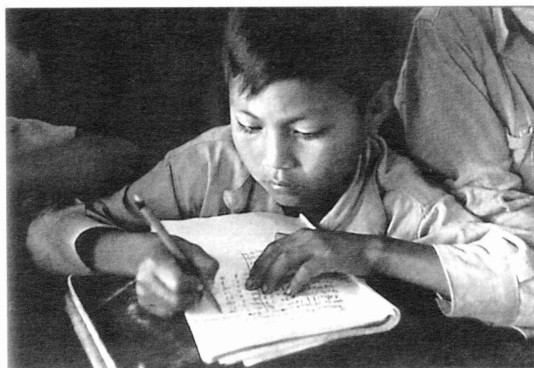


Diversidad cultural frente a nacionalismo político: los frentes abiertos en el ámbito educativo¹

Joan J. Pujadas



Tiempos de América, nº 13 (2006), pp. 121-132

Es bien sabido que la inmigración constituye el fenómeno social, económico y político más trascendente de los últimos años para el Estado español, que se ha convertido en el principal receptor de población extranjera de la UE, sumando un tercio de los nuevos efectivos demográficos que, procedentes de diferentes partes del mundo, se instalan cada año en Europa. El año 2005, redondeando las cifras, se han incorporado a España 650.000 nuevos ciudadanos, de un total de aproximadamente 2 millones que han llegado a la UE. Italia es, actualmente, el segundo país receptor.

Uno de los rasgos caracterizadores de esta nueva realidad es la voluntad de permanencia que se intuye en este proceso. No se trata de un fenómeno pasajero, sino que el *vivir transnacional*² constituye una nueva forma de organización personal, familiar y social, que se está extendiendo en el mundo de la movilidad, de la comunicación y de los procesos de globalización.

Sería absurdo descontextualizar el fenómeno migratorio del resto de los *fenómenos de movilidad* que caracterizan a la sociedad contemporánea y que forman parte, también, de ese vivir transnacional, al que hemos aludido. Cada día los ciudadanos nos movemos más, con mayor frecuencia y a lugares cada vez más lejanos, en parte gracias a la rapidez, eficiencia y abaratamiento de precios del transporte. Algunos de estos fenómenos son: (1) El *commuting* diario de centenares de millones de trabajadores y profesionales, que se desplazan diariamente desde sus residencias metropolita-

¹ Este trabajo se inscribe en el marco de un proyecto de investigación del Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, financiado por Programa de Promoción General del Conocimiento de la DGICYT, proyecto BSO2001-1394. Quiero agradecer el apoyo recibido en la elaboración de este texto por parte de Pedro Marta, técnico de apoyo a la investigación, en la localización de algunos datos estadísticos.

² L. E. GUARNIZO: "Aspectos económicos del vivir transnacional", en A. ESCRIVÁ, N. RIBAS, (comps.): *Migración y desarrollo*, CSIC, Córdoba, 2004, pp. 55-86.

nas a los centros de trabajo urbanos.³ (2) El turismo masivo, que moviliza cada año a centenares de millones de turistas internacionales.⁴ (3) Los viajes de negocios que movilizan a millones de gestores y directivos empresariales y que constituyen la verdadera *jet society* contemporánea⁵ y (4) los viajes académicos, de estudios, culturales de esa población a la que Ulf Hannerz denominó *especialistas en actividades expresivas*.⁶

Todo indica que el vivir transnacional, y no solamente el fenómeno migratorio, constituye una dimensión plenamente consolidada de nuestra forma de vida, de nuestros horizontes, de nuestras expectativas vitales, laborales y lúdicas. Viajar y desplazarse es hoy, como mínimo, tan importante como el vivir localizado, arraigado y lleno de referentes y de anclajes particulares y espacialmente próximos. No es, por ello, vano aludir al término *glocal* para etiquetar la pluridimensionalidad y las implicaciones de nuestras interacciones cotidianas. Sin duda las redes sociales que se tejen alrededor de cada uno de estos polos de movilidad se entrecruzan de diferentes maneras y constituyen ese complejo mapa del vivir transnacional.

Mi objetivo en el presente trabajo consiste en una doble tarea. En primer lugar, pretendo bosquejar el carácter continuo y permanente de los procesos migratorios, pensando esencialmente en el caso catalán, el de un país marcado por las migraciones desde finales del siglo XIX. Mi idea es, esencialmente, mostrar cómo se puede aprender de la experiencia de las *migraciones intra estatales* que se sucedieron a lo largo de más de un siglo en Cataluña, con el fin de desdramatizar y contextualizar el fenómeno vigente de la *inmigración transnacional*. En segundo lugar, pretendo plantear cómo los dispositivos de la sociedad de acogida y, en concreto, aquellos que afectan al ámbito escolar, no se corresponden con las necesidades y las expectativas que genera la educación en un contexto multicultural y transnacional.

LA CATALUÑA MULTICULTURAL Y LOS FENÓMENOS MIGRATORIOS

Si bien no soy especialista en temas escolares, considero necesarias algunas reflexiones desde el campo de la antropología social con el fin de desarrollar un debate que ha de ir mucho más allá del campo específico de la pedagogía y de la didáctica para adentrarse en el análisis de la institución escolar como parte de la sociedad que la cobija. Mi hipótesis de partida es ésta: *el sistema escolar español padece del mismo tipo de inadecuación para hacer frente a los retos de la multiculturalidad y es, al mismo tiempo, un reflejo de los problemas que tiene el conjunto de la sociedad española, entendida como sociedad de acogida*.⁷

Me parece que una de las características del discurso hegemónico dominante, que se manifiesta a nivel de calle, en la denominada opinión pública, en los medios de comunicación (que son los responsables de la formación de esa opinión ciudadana), pero que también penetra en el ámbito de la administración escolar, consiste en una asociación (poco adecuada y perjudicial) que vincula de

³ Hay que considerar que las residencias metropolitanas se hallan cada vez a mayor distancia de las grandes ciudades o centros metropolitanos. Hoy en día la Región Metropolitana de Barcelona, por ejemplo, se extiende a lo largo de los 190 kms. de la línea de costa que separan Blanes de Salou, que constituyen un continuo construido en que los viejos pueblos marineros se han convertido en ciudades residenciales.

⁴ Según la Organización Mundial de Turismo en el año 2004 las llegadas de turistas internacionales en el mundo se elevó a 763 millones de personas, un 11% más que en 2003, en que alcanzó la cifra de 680 millones.

⁵ Ésta es la figura del ciudadano transnacional de la que habla Ulf Hannerz, al afirmar que existe una parte de la sociedad urbana que no vive en una ciudad concreta, sino que se mueve y deambula "entre ciudades". ULF HANNERZ: *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*, Ed. Cátedra, Madrid, 1998.

⁶ Dentro de este mismo grupo podríamos incorporar, sin duda, la movilidad de los deportistas y de los seguidores deportivos, que se desplazan constantemente y de manera transnacional.

⁷ Utilizo aquí el término problema, aunque como se verá más adelante intento problematizar el propio concepto de problema, como etiqueta definidora del fenómeno migratorio.

manera mimética el crecimiento de la población extranjera en nuestro país con la aparición o el refuerzo de todo un conjunto de problemas sociales, que poseen raíces muy diversas. Creo que, como mínimo, estamos obligados a hacer el esfuerzo de reflexionar sobre las causas que motivan que la sociedad española, en su conjunto, construya de manera problemática el fenómeno migratorio transnacional. Cuando, al mismo tiempo los datos estadísticos objetivos nos muestran las ventajas demográficas, productivas, fiscales, así como el refuerzo del sistema de pensiones, que se derivan de la incorporación al mercado de trabajo español de más de tres millones de extranjeros.

Visto desde la perspectiva escolar, los docentes y directivos de los centros de educación primaria y secundaria han de asumir la gestión de un conjunto de problemas derivados de la presencia continuada y del goteo constante de niños y niñas llegados de las cuatro esquinas del mundo, para los que no cuentan con los medios materiales y humanos mínimos exigibles. Tienen, por ello, razón en problematizar el impacto de la inmigración en el proceso de aprendizaje del conjunto de la población escolar. La cuestión, sin embargo, no es tanto que la inmigración sea un problema, como que las administraciones públicas no han sabido, hasta ahora, reaccionar con la creación de los dispositivos y recursos necesarios para hacer frente a una situación social nueva.⁸

Planteado, a grandes rasgos, el tema de análisis, quisiera detenerme ahora en una breve reflexión sobre el significado de la presencia de la población extranjera en España, y especialmente, en Cataluña. La primera cuestión que se debe plantear es, si la afirmación basada en el sentido común, que sostiene que nuestro país se ha convertido de manera abrupta e inesperada en sociedad de acogida cuando, hasta hace poco tiempo, éramos un país de emigración, es cierta o no. ¿Se trata, pues, de una realidad o de un estereotipo? Y, en caso de ser cierta, ¿resulta generalizable por igual a todo el territorio del Estado español? Resulta evidente, por poco que miremos las estadísticas municipales, que el crecimiento de las grandes ciudades en España se ha forjado, no a partir del crecimiento natural de la población, sino de las sucesivas oleadas migratorias que se han sucedido a lo largo de todo el siglo xx.⁹ Solamente los grandes enclaves hortofrutícolas de Andalucía, Murcia y del Mediterráneo, en general, así como las poblaciones dedicadas al turismo, y en menor medida algunas zonas mineras, han experimentado una significativa llegada de población extranjera, sin existir necesariamente una tradición local de acogida de inmigración.

El crecimiento demográfico español y catalán es deudor, esencialmente, de los procesos migratorios, ya que el crecimiento vegetativo ha sido en ambos casos muy bajo desde hace casi un siglo. La percepción, pues, de que los procesos migratorios son un fenómeno de nuevo cuño es inadecuada. Lo que sí es cierto es que la naturaleza y el volumen de la población inmigrada convierten este fenómeno viejo en una realidad que genera preocupación y desasosiego.

Por lo que respecta al caso de Cataluña, empecemos por analizar los datos de población y, en especial, de la población de origen extranjero. A finales de 2004 había en Cataluña 424.000 extranjeros en posesión de permiso de residencia. Por otro lado, las estimaciones sobre extranjeros indocumentados, basadas en los registros del Padrón Municipal del Ayuntamiento y de otras fuentes

⁸ Las instituciones escolares no cuentan (en general, o lo hacen de manera insuficiente) con aulas de acogida a los niños extranjeros, que han de permitir que los escolares se sumerjan en la lengua del país y nivelen sus conocimientos adquiridos para equipararlos a las directrices curriculares de cada nivel educativo. Para las aulas de acogida hacen falta maestros preparados y mediadores culturales, que no suelen entrar en el organigrama y en las dotaciones para los centros escolares, al menos de manera suficiente. Un problema añadido es el del mecanismo de la *matrícula viva*, que supone el desajuste constante de las previsiones que cada centro realiza antes del inicio del curso, pues supone la llegada constante de nuevos escolares que, en el caso de las grandes ciudades españolas y de sus áreas metropolitanas, pueden provenir de países distintos a los que, en principio, se contaba. La capacidad de la administración para hacer frente a estos retos es nula y, por ello, el malestar de la población docente en España va en incremento, pues se sienten abrumados y desasistidos.

⁹ También se hallan en esta situación aquellas ciudades medias que han desarrollado una actividad industrial o de servicios muy significativa. Los procesos industrializados a gran escala, que tuvieron a Barcelona y Bilbao como pioneras a finales del siglo xix, se generalizaron a todo el territorio español, como mínimo, desde mediados del siglo xx.

estadísticas permitían evaluar esta población en otros 291.000. La cifra de extranjería, pues, a inicios de 2005 se situaba en torno a las 715.000 personas.¹⁰

Si confrontamos estas cifras estimadas de población extranjera con las de la población total, que en el año 2004 era de 6.813.319 personas, puede establecerse que la tasa de extranjería en Cataluña se situaba en el 10,5%, cifra que nos acerca a la situación de los países centrales de la Unión Europea.¹¹ El hecho diferente, en relación al resto de países anfitriones de Europa, es el elevado número de extranjeros en situación indocumentada, que actualmente se eleva en Cataluña al 41% de los efectivos totales.¹²

Como afirmaba un poco más arriba, en el caso de Cataluña la experiencia del hecho migratorio viene de muy lejos y, por tanto, también es antigua la necesidad de hacer frente a la gestión de los flujos migratorios. Como mínimo, desde finales de la década de 1910, Cataluña ya era una sociedad de acogida de población inmigrada. Hace unos años la demógrafo catalana Anna Cabré publicó un libro muy interesante sobre la transición demográfica de Cataluña.¹³ En este estudio se demuestra cómo en esta Comunidad Autónoma, al igual que en algunas regiones de Suecia y de Italia, desde inicios del siglo xx, la tasa de fertilidad era la más baja del mundo. Desde esa época Suecia ha aumentado con altibajos su tasa de fertilidad, mientras que los países europeos mediterráneos (Grecia, Italia, España y Portugal) mantienen unas tasas en torno a 1,2 hijos por pareja. Estas cifras no garantizan, obviamente ni tan solo la tasa de reposición de la población: esto es, el crecimiento vegetativo de la población es negativo. Ello supone que la única esperanza de crecimiento poblacional proviene de la inmigración (nacional o extranjera). Como señalaba Cabré en el mencionado libro: “la mitad de los catalanes ‘se hace’, mientras que la otra mitad se importa desde hace cien años”.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN CATALUÑA Y ESPAÑA (1900-2004)

Año	Pobl. Cataluña	Índice	Pobl. España	Índice	% Cat./Esp.
1900	1.984.115	100	18.830.649	100	10,5
1920	2.355.908	119	22.012.663	117	10,7
1940	2.915.757	147	26.386.854	140	11,1
1960	3.888.485	196	30.776.935	163	12,6
1981	5.956.414	300	37.682.355	200	15,8
1986	5.978.638	301	38.473.418	204	15,5
1991	6.059.494	305	38.872.268	206	15,6
1996	6.090.040	307	39.669.394	211	15,4
2001	6.361.365	321	41.116.842	218	15,5
2002	6.506.440	328	41.837.894	222	15,6
2003	6.704.146	339	42.717.064	227	15,7
2004	6.813.319	343	43.197.684	229	15,8
2005	6.995.206	353	44.108.530	234	15,9

Fuentes: INE, IDESCAT.

¹⁰ Datos recogidos por *La Vanguardia*, 6 de febrero de 2005, p. 33, basadas en diferentes fuentes estadísticas oficiales.

¹¹ JOAN. J. PUJADAS: “Migraciones latinoamericanas a Europa: flujos, dinámicas, procesos”, *Migración en América Latina, repercusión para Europa*, dossier monográfico, *Europa-América Latina*, vol. 17, 2004, pp. 29-65.

¹² Hablo de extranjeros indocumentados, porque me resisto a utilizar la expresión, tan frecuente en los medios oficiales y de comunicación de “inmigrantes irregulares”. Considero que la irregularidad no es implícita a las personas que cambian de país, sino al sistema normativo y legal de los países receptores, como España, que los ilegaliza.

¹³ ANNA CABRÉ: *El sistema català de reproducció: cent anys de singularitat demogràfica*, Proa, Barcelona, 1999.

Pese al raquítico crecimiento vegetativo, la población catalana de hoy es tres veces y media superior a la del año 1900, lo que deja de manifiesto el impacto trascendental que para el país han tenido las migraciones. Por lo que respecta al Estado español, comparativamente, su crecimiento es mucho más moderado, ya que diferentes áreas de España han experimentado fuertes procesos de diáspora a lo largo del siglo xx. Sin embargo la dinámica inmigratoria de los últimos años sí refleja un aumento importante y sostenido en Cataluña y España, que está en relación directa a los flujos de población extranjera.

Este dinamismo demográfico catalán está indisociablemente unido a los procesos migratorios y, en concreto, a las sucesivas oleadas migratorias que se han producido en este período de poco más de cien años. La primera oleada se produjo en la década de los años 1910 y 20 con población procedente del País Valenciano, Murcia y de Aragón y se ha de vincular tanto a la atracción de la abundancia de trabajo en la creciente industria, como al efecto llamado generado por las grandes obras públicas vinculadas a la Exposición Universal de Barcelona del año 1926. La dinamización que supusieron aquellas obras pero, sobre todo, la dinamización que supuso para todo Cataluña la llegada de más de medio millón de personas en poco más de diez años, supusieron el despegue de la economía y de la actividad productiva.¹⁴ La primera gran oleada migratoria representa para Cataluña un crecimiento poblacional del 50%, pasando de los dos millones escasos de población a los tres millones.

La segunda oleada migratoria, que es la más conocida y la más mitificada, corresponde a las décadas de los años 50 a 70 y supone triplicar la población de inicios de siglo. Sobre esta etapa y las consecuencias de la inmigración en la Cataluña de mediados del siglo xx, ningún autor ha escrito tanto y mejor que Paco Candel,¹⁵ especialmente en *Los otros catalanes*, en que se nos describe la Cataluña suburbana y multicultural de los años 60.¹⁶

A este respecto, me da la sensación, a mí que llevo más de media vida investigando y reflexionando sobre estas migraciones internas, que ha habido una especie de olvido generalizado sobre estos hechos en Cataluña. Parecería, a través de los discursos públicos, tanto mediáticos como políticos, que la experiencia migratoria que estamos experimentando desde hace unos años, con la llegada de extranjeros al país, constituyera la primera e iniciática revelación de una realidad desconocida y primigenia. La paradoja de la situación es que toda la población de la Cataluña de hoy es heredera directa, hija, de la hibridación entre contingentes catalanes originarios y los otros españoles llegados de los cuatro rincones de España.

La pregunta pertinente, para abordar el análisis de la tercera oleada inmigratoria, que está teniendo lugar ahora mismo y que parece ser de una magnitud superior a las dos anteriores, es si constituye una inmigración cualitativamente distinta de las anteriores, como parece deducirse de esa amnesia colectiva que se ha instalado entre los catalanes desde hace algo más de diez años. Planteemos el tema en términos de distancia cultural, que parece ser el tipo de construcción social dominante hoy en día entre los creadores de opinión mediática. La pregunta puede ser: ¿Es tan diferente, respecto a la cultura catalana, el bagaje cultural del que eran portadores los antiguos inmigrantes andaluces, gallegos, extremeños o castellanos, como aquel del que son portadores hoy en día los ciudadanos magrebíes o latinoamericanos que se van instalando en nuestros pueblos y ciudades?

¹⁴ Cuando falta población en un país, escasean las iniciativas empresariales. Cuando aquella aumenta, aumentan también las ofertas de trabajo y se reducen los salarios, lo que constituye uno de los mejores acicates para el desarrollo de iniciativas empresariales. Las oleadas migratorias favorecen la actividad empresarial y la competitividad.

¹⁵ FRANCISCO CANDEL: *Els altres catalans*, Edicions 62, Barcelona, 1965. *Encara més sobre els altres catalans*, Curial, Barcelona, 1973. *Els altres catalans vint anys després*, Edicions 62, Barcelona, 1985.

¹⁶ Tanto las ediciones catalana como las castellana del libro de 1965 han tenido numerosísimas ediciones y los otros dos libros son secuela directa del impacto social y mediático que tuvo aquella obra, que constituye un testimonio de primera magnitud, cuyos planteamientos han generado permanente consenso entre los diferentes sectores, a pesar de tratarse de un tema controvertido y sujeto a permanente debate.

La mayoría de personas, siguiendo los dictados del sentido común, contestarán que no. Sin embargo, yo sostengo que sí. Con esta respuesta, que puede resultar chocante hasta en los medios académicos de los científicos sociales, me aparto críticamente de lo que se ha denominado el *nacionalismo metodológico*.¹⁷ Según esta doctrina se da por supuesta la idea (nunca, por cierto, resuelta) de que a cada estado-nación le corresponde una cultura homogénea y sólo una. De ahí se deduce que las migraciones internas dentro de los estados se producen entre personas que poseen un bagaje común homogéneo, que corresponde con la idea de nación unitaria. A mí me parece más adecuado plantear la cuestión nacional no desde una perspectiva estática y esencialista, sino desde la óptica dinámica que afirma que la nación es, permanentemente, un proyecto o, como afirmaban los politólogos de hace unas décadas, un proceso de *national building*: una realidad inacabada o, mejor, una realidad que se va construyendo permanentemente. Sin duda, uno de los procesos paralelos que “desajustan” continuamente esa voluntad heredada de la Revolución francesa de querer “nacionalizarlo” todo, para lograr una cultura de Estado homogénea y unitaria, son las migraciones. Las migraciones son un proceso constante e iterativo en las sociedades, y no una anomalía como muchos pretenden. Y las migraciones, sean del tipo que sean, generan procesos de hibridación y de mestizaje cultural, que irrumpen en los compartimentos estancos en los que los nacionalistas quieren recluir a sus ciudadanos. En este sentido todos los ciudadanos somos mestizos, lo queramos reconocer o no.¹⁸

Al mismo tiempo, cualquier persona que sea mínimamente conocedora, ya no digo especialista, en la cultura mediterránea meridional, es decir, de la “otra” ribera del Mediterráneo, tendrá que convenir conmigo que entre el Magreb y la Europa mediterránea son muchas más las cosas que nos unen, culturalmente hablando, que aquellas que nos separan: la gastronomía, las técnicas agrarias, infinidad de elementos estéticos, arquitectónicos y, sobre todo, la primacía de una concepción religiosa monoteísta. Es, precisamente, este elemento el que se esgrime, en base nuevamente al sentido común, como el principal elemento de separación y diferenciación, pero sucede totalmente al contrario. Cristianismo (católico) e Islamismo constituyen dos sistemas teocráticos fundamentados en aparatos de poder religioso que aspiran a gobernar a la sociedad en su conjunto e imponer sus interpretaciones sobre el conjunto de la ciudadanía, sea ésta creyente o no. La diferencia, ahora, estriba en que el poder político de la Conferencia Episcopal española o italiana (que no es poco) viene limitado por el hecho cierto de una secularización masiva de las sociedades española o italiana. El Magreb, y el conjunto de países árabo-islámicos, por el contrario, no pueden evitar el predominio de lo religioso sobre la vida civil y política, ya que el Islam ha sabido convertirse en emblema de identidad cultural y de resistencia política frente al neocolonialismo occidental.¹⁹ La razón de esta preeminencia está relacionada, pues, con el grado de desarrollo económico y social. La España franquista de posguerra no estaba tan lejos de lo que es hoy la realidad del Magreb, aunque eso también queramos olvidarlo.

¹⁷ ANDREAS WIMMER, NINA GLICK SCHILLER: “Methodological Nationalism and beyond: nation-state building, migration and social sciences”, *Global Networks*, vol. 2, núm. 4, 2002, pp. 301-334.

¹⁸ Se hace necesario citar aquí al antropólogo noruego Fredrik Barth, quien hace ya más de 30 años publicó un libro esencial para la superación de ese nacionalismo metodológico. El libro se titula *Ethnic Groups and Boundaries*, y en él el autor sustenta la hipótesis de que son las fronteras entre grupos étnicos [y esto se puede aplicar también a las naciones] los dispositivos que provocan los procesos de diferenciación cultural entre vecinos y, al mismo tiempo, los que tienden a homogeneizar en su interior a cada uno de los grupos vecinos. Esta hipótesis, que más de cincuenta años de estudios etnográficos no han hecho más que confirmar, es opuesta a esa otra concepción “de sentido común” que afirma que son las diferencias culturales las que construyen las fronteras entre naciones o entre grupos étnicos. Ver FREDRIK BARTH: *Los grupos étnicos y sus fronteras*, FCE, México, 1976.

¹⁹ Los procesos que, de manera ya convencional, denominamos de globalización son percibidos en el mundo árabe-islámico como una forma actual de neocolonialismo, ya que los valores, ideas y visiones del mundo que se transmiten a través de los flujos financieros y materiales tienen una indudable clave occidental. No olvidemos que dos de las industrias globalizadas más importantes hoy en día son las culturales y la del turismo, que expresan de manera bien clara la relación de dependencia de Oriente respecto a Occidente, en la línea que denunció en su día Edward Saïd.

Las fronteras culturales, nacionales, pueden ser muros que separan o, por el contrario, pueden ser vistas como puentes que unen.²⁰ ¿En qué sentido puede unir una frontera y servir, por tanto, de puente? No hay más que mirar hacia el Pirineo para percatarse de que, más allá de la existencia de ese dispositivo administrativo y político pensado desde los Estados para separar y diferenciar a dos sociedades adyacentes, existe una cultura fronteriza surgida del contacto y de las interacciones cotidianas entre vecinos. Una cultura fronteriza que, en el caso de los Pirineos, es infinitamente más antigua que la propia existencia de los estados español y francés.²¹ La población pirenaica, viva del lado francés o español de la frontera, en el País Vasco, Navarra, Aragón, Andorra o Cataluña, históricamente se ha sentido más pirenaica que francesa o española o, incluso que vasca o catalana.²²

Esto quiere decir que, en contra de lo que nos dicta el sentido común “nacional”, las poblaciones fronterizas han visto con distancia cómo se iban forjando y afianzando los dispositivos nacionalizadores de los respectivos estados circundantes, sintiéndose en principio ajenos a tales procesos. Su experiencia de la hibridación, nuevamente en contra del “sentido común nacional”, no es fruto de que sus culturas locales fronterizas se hayan constituido a partir de la mezcla de culturas nacionales preexistentes, sino al contrario, su hibridación resulta de la imposición de un molde cultural nacional que se superpone a su cultura primigenia, compartida con sus vecinos de muga. Los aparatos educativos nacionales han desarrollado una labor incesante desde hace más de un siglo para desarraigar en los escolares pirenaicos tanto su identidad como sus hablas locales.²³

Desde tiempos de la Revolución francesa, a finales del siglo XVIII, todo proyecto nacional se ha basado, dentro del ámbito cultural, en alcanzar la homogeneización del conjunto de los ciudadanos. El proyecto de estado-nación ha consistido en el desarrollo de un conjunto de dispositivos institucionales destinados a fabricar ciudadanos clónicos. Y el dispositivo clave para ello ha sido, sin duda, la institución escolar. A título de experiencia personal y profesional, recuerdo como a inicios de los años setenta conocí a una maestra jubilada del pueblo de Bielsa en el Pirineo de Aragón. Se trataba de una persona nacida en Zaragoza, que había ejercido toda su vida en el pueblo y que poseía una conciencia muy clara de su identidad nacional y de su papel en el magisterio. Una vez me dijo: “una de las labores de mi vida profesional de la que estoy más feliz es haber conseguido desa-

²⁰ Esta metáfora de la frontera como muro o como puente fue introducida hace un par de décadas por el antropólogo norteamericano William Douglass a propósito de su análisis sobre la frontera pirenaica del País Vasco. Ver WILLIAM DOUGLASS: “Influencias fronterizas en un pueblo navarro”, *Ethnica*, vol. 14, 1978, pp. 37-52. “Las fronteras: muros o puentes?”, *Historia y Fuente Oral*, vol. 12, 1994, pp. 43-50.

²¹ PETER SAHLINS: *Fronteres i identitats: la formació d'Espanya i França a la Cerdanya, segles XVII-XIX*. Vic: Eumo Ed., 1993.

²² ALBERT MONCUSÍ: *Fronteres, identitats nacionals i integració europea*, Ed. Afers / Universitat de Valencia, Valencia, 2005. JOAN J. PUJADAS: “D'identitats, fronteres i ciutadans: el cas dels Pirineus”, *Quaderns de l'ICA*, vol. 11, 1997, pp. 109-130. JOAN J. PUJADAS, et al.: *La casa a Cerdanya. Família, economia i arquitectura*, Departament de Cultura (Generalitat de Catalunya), Barcelona (en prensa).

²³ Existen muchos ejemplos, además del pirenaico, que nos muestran cómo las poblaciones fronterizas no responden al perfil estereotipado del ciudadano del país al que administrativamente pertenecen. Este sería el caso, por ejemplo, de la población chicana residente en Estados Unidos, que tiene raíces mexicanas y que, además, hace gala culturalmente de su bilingüismo y de su condición híbrida. La imposición de una categoría nacional a un chicano o a un habitante del Pirineo ha sido un acto arbitrario ejercido desde el poder del Estado que las poblaciones locales han visto con reticencia y que, raramente, ha ejercido una influencia significativa sobre el comportamiento de las personas hasta tiempos recientes. El historiador norteamericano Peter Sahlins muestra como la inclusión real de la población pirenaica a los respectivos estados nacionales (francés o español) constituye un proceso muy reciente, que él sitúa en las primeras décadas del siglo XX. Un ejemplo de esto sería el hecho constatado de que los jóvenes fronterizos no participaron nunca, salvo mínimas excepciones, en los respectivos ejércitos francés o español. Cuando llegaba la época del servicio militar o en épocas de guerra, los jóvenes cruzaban la frontera y se refugiaban en el país vecino, instalándose en él como refugiados o desertores, sirviéndose de las redes de apoyo familiar del país receptor. Esta tendencia se modifica, respectivamente, con motivo de la Gran Guerra en Francia y de la Guerra Civil española. PETER SAHLINS: *Fronteres i identitats*. JOAN J. PUJADAS: “D'identitats, fronteres”.

rraigar el uso del belsetán de este pueblo. He conseguido que el español se impusiese sobre el habla local. Estoy muy contenta de eso”.²⁴ Recuerdo que le contesté: “Lástima, porque yo vengo, precisamente, a estudiar el belsetán”. Ciertamente, en aquellos años la diversidad todavía no era un valor ni existía conciencia del significado patrimonial de la cultura inmaterial. Solamente había espacio para una identidad y para un proyecto nacional.

Sin duda, para cualquier proyecto nacional (y quiero aclarar que tanto da si se trata de un nacionalismo de Estado como de comunidad autónoma) la diversidad cultural es un problema, un verdadero problema. La diversidad en el aula escolar plantea un reto a los docentes en cuanto a formas y contenidos. Y los docentes han de ser plenamente conscientes de que aquella labor que la sociedad y, sobre todo el Estado (como aparato administrativo y como productor de ideología), delega en los docentes es la de producir ciudadanos culturalmente homogéneos. Sin duda, los parámetros y el contexto social y político para desarrollar esta labor no son los mismos en Cuenca, Bilbao o Barcelona. El Estado español contiene, junto a otras divisorias y ejes de diferenciación, una diversidad constitutiva que, lejos de desarraigarse con políticas centralizadoras de Estado, no ha hecho más que fortalecerse.

Sorprende, por ello, que en los últimos tiempos, y a propósito del reto real y del ruido mediático generado por la presencia en las aulas españolas de miles de escolares extranjeros, haya educadores y autoridades educativas que hagan declaraciones del tipo: “la escuela y el resto de instituciones educativas se han visto conmocionadas por la presencia de un importante contingente de escolares de origen extranjero, ya que hemos pasado de una situación de homogeneidad a una situación de diversidad”. Resulta evidente que este planteamiento resulta indefendible, que se trata de un estereotipo. Más bien el problema del sistema escolar español es que, a la ya de por sí compleja situación de diversidad interna de las poblaciones escolares españolas, se ha añadido un elemento más de diversidad, que genera todavía más desasosiego.

Sin embargo, existe además un tercer vector de diversidad que se suma a las dos anteriores en el seno de los centros escolares desde hace algunas décadas y que la puesta en marcha de la LOGSE acabó de agudizar. La aplicación de esta ley supuso la mezcla de, como mínimo, tres tipos de públicos en las aulas del segundo ciclo de ESO: 1. Los hijos de las capas medias y altas de la sociedad que estudiaban bachillerato con el objetivo de realizar luego estudios universitarios. 2. Las personas que, hasta entonces, tenían como objetivo adquirir una formación profesional para entrar rápidamente al mercado de trabajo y 3. Las personas que, una vez acabada la enseñanza obligatoria a los 14 años, se quedaban en la calle porque, por decirlo de alguna manera, no tenían metas formativas.²⁵

La LOGSE constituye, sin duda, una de las leyes educativas más interesantes e ideológicamente más avanzadas que se hayan promulgado nunca en el Estado español. Una ley que perseguía la igualdad de oportunidades, mediante la acción de la institución escolar. Pero, al mismo tiempo, ha sido una ley fracasada por variados motivos, especialmente por la falta de recursos personales y económicos que ha impedido que esta mezcla de públicos significara una igualación por arriba. Más bien se ha conseguido lo contrario, esto es, que los niveles de éxito de los escolares más motivados y capacitados hayan descendido de manera abrupta y preocupante, al menos por lo que respecta a los centros escolares públicos.²⁶

²⁴ El belsetán es una de las tantas hablas locales provenientes de la diáspora lingüística derivada de la falta de normalización del antiguo aragonés, que nunca fue, como lengua románica, adoptada como lengua oficial de Aragón.

²⁵ Este último tipo de público está directamente asociado a las poblaciones de los barrios y suburbios en torno a las grandes ciudades que presentan cuadros de marginación severa.

²⁶ Este es hoy en día uno de los grandes debates. La agudización de las contradicciones que supone el proyecto de la LOGSE en los centros públicos, debido al hecho de que las escuelas concertadas seleccionan a los estudiantes, excluyendo a los alumnos conflictivos y a la mayoría de la población escolar extranjera. La escuela pública se encuentra, por tanto, con una situación extrema de diversificación de la población escolar sin contar, pese a ello, con los recursos requeribles. Pese a la ilegalidad de esta práctica no parece que las administraciones públicas estén en condiciones de invertir esta tendencia.

Pese a todo, hay que reconocer que los centros escolares de enseñanza primaria y secundaria en Cataluña y en el resto de España, antes ya del actual incremento de los índices de población extranjera, eran ya instituciones que mostraban una gran diversificación de grupos sociales. Esto es, diferencias de clase. Estas diferencias tienen que ver con las expectativas profesionales, pero también suponen horizontes culturales diferenciados, como nos enseñaron algunos etnógrafos de la Escuela de Birmingham. El magnífico texto de Willis²⁷ nos muestra que la escuela puede ser un mecanismo esencial (de hecho lo es) de liberación y de igualación de oportunidades para los jóvenes. Pero ello a condición de que la actividad formativa de la escuela venga apoyada por políticas activas que garanticen la incorporación real de los jóvenes al mercado de trabajo de una forma no estratificada ni segmentada.

El fracaso de la LOGSE no puede imputarse, pues, al debe de los profesionales de la educación, sino que se trata de un fracaso de la administración y de la sociedad civil en su conjunto. A la luz de su puesta en práctica, los valores que se defendían en la ley parecen ser utópicos, dada la inhibición y la desprotección que se ha practicado con los centros escolares públicos. No solamente se ha carecido de los recursos materiales y de la incorporación de profesorado de refuerzo, además no se ha sido consecuente con la necesaria adaptación de los curricula formativos de los propios enseñantes. Las facultades de Educación no preparan a los futuros maestros para hacer frente a las necesidades de un sistema escolar que se enfrenta a una diversidad cultural y lingüística creciente entre sus alumnos.

El conjunto del Estado español muestra unos niveles paupérrimos de éxito escolar, como lo demuestran estudios recientes realizados en el seno de la UE. Además de ello, constituye el país de la UE con un peor sistema de enseñanza de lenguas extranjeras. El sistema escolar español no garantiza en absoluto la competencia lingüística en lengua extranjera de los jóvenes que finalizan la enseñanza obligatoria, ni tan sólo de aquellos que acceden a la Universidad. A partir de mi experiencia como docente, compruebo como año tras año las tasas de conocimiento adecuado del inglés entre los nuevos alumnos que se incorporan a la Universidad siguen estando por debajo del 25%. ¿Qué decir del grado de conocimiento de lenguas como el alemán, el francés o el italiano, que han sido tan minorizadas en las últimas décadas? Realizar un diagnóstico de esta situación no es fácil, pero hay sin duda descuido, falta de celo y, sin duda, un componente de etnocentrismo nacionalista.²⁸ Este etnocentrismo constituye un elemento más de la falta de dispositivos culturales, administrativos e ideológicos para hacer frente no sólo a la diversidad que viene desde abajo (vía inmigración), sino a la diversidad que viene desde arriba con la integración transnacional en los ámbitos político, cultural, educativo y económico.

LA PARADOJA DE LA HIBRIDACIÓN CULTURAL FRENTE AL PARADIGMA DE LA HOMOGENEIDAD NACIONAL(-ISTA)

Como señalamos en la primera parte de este trabajo, Cataluña posee un siglo de experiencia en materia de flujos migratorios. Cataluña es lo que es, en muy buena medida, gracias a las aportaciones de los millones de inmigrantes llegados desde todos los rincones de España, primero, y más tarde desde todos los rincones del mundo. Sin prejuzgar lo que vaya a suceder en los próximos años, resulta evidente, si repasamos la tabla estadística de más arriba, que más de 2,5 millones de la

²⁷ PAUL WILLIS: *Aprendiendo a trabajar: por qué los hijos de clase obrera acaban ocupando trabajos de clase obrera*, Ed. Akal., Madrid, 1988.

²⁸ En el contexto europeo, podemos comprobar cómo la educación básica obligatoria en países como Holanda, Bélgica y los Países Escandinavos garantiza el conocimiento eficiente por parte de toda la población de la lengua inglesa, a nivel de taxista y de camarero de cafetería. En España la situación es bien diferente y, juntamente con Grecia, estamos en la cola de los países europeos por lo que respecta al aprendizaje de lenguas extranjeras.

actual población catalana son imputables directamente a la aportación demográfica de inmigrantes españoles. Por el contrario, la aportación extranjera, hasta el momento, representa algo más del medio millón. Es claro, pues, que al menos en el caso catalán, las migraciones internas han sido substantivamente más significativas y trascendentes para la evolución del país que las migraciones extranjeras. Esta constatación vuelve a confrontarse con la percepción ciudadana del sentido común, que otorga la categoría de fenómeno esencial a la llegada de extranjeros por encima de lo que significaron para el país las oleadas históricas anteriores: la de los años 10-20 y la de los años 50-70.

La construcción social de la inmigración como problema parece haber hecho olvidar a los actuales ciudadanos de Cataluña el conjunto de problemas derivados de la llegada e instalación en el país de las poblaciones de origen andaluz, extremeño, gallego, castellano o murciano, que constituyó todo un fenómeno cultural de primera magnitud, aparejado además a la constitución de áreas de chabolas, barrios de autoconstrucción, ciudades satélite y otros tipos de periferias urbanas de donde surgieron, tanto numerosos conflictos sociales, como el poderoso movimiento vecinal, que jugó un papel tan decisivo en las últimas etapas del franquismo y en los albores de la democracia. Baste recordar que una parte significativa de los cuadros de los partidos obreros se nutrió de tales líderes vecinales, al igual como de militantes sindicales.

Considero que esa amnesia se debe, tal vez, al hecho de que los nuevos retos sociales sirven para curar antiguas heridas abiertas en la sociedad. La constante percepción que los miembros de las sociedades receptoras tienen de la inmigración, como si ésta constituyese una invasión e, incluso, una violación del supuesto derecho de los ciudadanos preexistentes al control del territorio y de los recursos sobre los nuevos ciudadanos, me hace recordar la metafórica parábola que el ensayista alemán Hans M. Enzensberger recoge en uno de sus libros:

Dos pasajeros en un compartimento de tren. Nada sabemos de sus antecedentes, de su procedencia ni de su destino. Se han instalado cómodamente, han acaparado mesitas, colgadores, portaequipajes, han esparcido periódicos, abrigos y bolsos en los asientos vacíos. Poco después se abre la puerta y aparecen dos nuevos pasajeros. Los dos primeros no les dan la bienvenida. Dan claras muestras de disgusto antes de decidirse a recoger sus cosas, a compartir el espacio del portaequipajes, y a recluirse en sus asientos. Aún sin conocerse en absoluto, los dos pasajeros iniciales demuestran una sorprendente solidaridad mutua. Actúan como grupo establecido frente a los recién llegados, que están invadiendo su territorio. A cualquier nuevo pasajero lo consideran un intruso. Su actitud es la de los aborígenes que reivindican la totalidad del espacio disponible. Una concepción que escapa a toda explicación racional. Y que, sin embargo, está hondamente arraigada.²⁹

Esta repentina solidaridad frente a “nuevos intrusos” no nos debe hacer olvidar las dificultades de encaje social, cultural e identitario que supusieron las antiguas migraciones, ya que todavía son reales y candentes los conflictos generados por la legislación catalana en materia de inmersión lingüística dentro del ámbito escolar. Para ello, vale la pena volver al debate que Paco Candel suscitó a partir de mediados de los años 60 con sus planteamientos sobre el carácter cosmopolita de la Barcelona pretransicional. Pero la actitud cosmopolita, opuesta al multiculturalismo en que los ciudadanos problematizan la diversidad, es aquella en la que la heterogeneidad cultural es percibida como patrimonio, como enriquecimiento colectivo, como un ensamblaje de culturas que es generador de complicidad social. Una ciudad cosmopolita es aquella que sabe gestionar la diversidad, organizarla, apropiarse de ella. ¿Era así la Barcelona de los años 60 y 70?

En ese mismo periodo, Jordi Pujol, por entonces un activista del catalanismo político, escribió unos cuantos libros sobre la inmigración española a Cataluña.³⁰ Existen en sus tesis dos ideas antagónicas, difíciles de conciliar. Por un lado, caracteriza a Cataluña como un país formado histórica-

²⁹ HANS ENZENSBERGER: *La gran migración*, Anagrama., Barcelona, 1992, p. 13.

³⁰ JORDI PUJOL: *La immigració, problema i esperança de Catalunya*, Nova Terra, Barcelona, 1976.

mente a partir de sucesivas oleadas migratorias: Cataluña como lugar de paso. Este hecho, nada difícil de documentar, le lleva a afirmar el carácter abierto y cosmopolita del país y de sus ciudadanos. Sobre esta base, afirma el carácter híbrido, complejo, en la formación de la cultura catalana. Pero, al mismo tiempo, Pujol defiende la tesis de los peligros de la heterogeneidad cultural, proponiendo políticas homogeneizadoras, fundamentadas en una concepción cerradamente nacionalista, que participa de la construcción de la diversidad como problema. Esta paradójica tesis antagónica que beatifica los mestizajes del pasado y, al mismo tiempo, demoniza el potencial mestizaje del presente constituye una constante en el discurso político de la Cataluña contemporánea, ya que Pujol no es más que el portavoz de una construcción social muy extendida.³¹

El miedo a la diversidad cultural constituye uno de los principales factores por los que se construye la inmigración extranjera como un problema social. De igual forma debe recordarse que hace 30 o 40 años también se construía como problema social la llegada de andaluces, extremeños o gallegos, a los que se etiquetaba como castellanos. Con ello se ponía el acento en su condición de castellanohablantes o, lo que es lo mismo, de no catalanoparlantes. La diversidad de costumbres, hábitos, formas de sociabilidad, uso de los espacios públicos y demás peculiaridades de cada grupo también eran sometidas a un escrutinio crítico y, a menudo, descalificador. El término exclusión puede resultar demasiado extremo y ser inexacto, pero sí se puede hablar de marginación social para calificar el fenómeno que se produjo durante décadas en Cataluña. Hoy, sin embargo, los descendientes de catalanes, igual que los descendientes de los inmigrantes españoles, ocupan el mismo compartimento de tren y ambos, al unísono, se sienten preocupados por la diversidad y, a la vez, se sienten invadidos en lo que consideran por igual su propio territorio.

Puede llegar a afirmarse que la llegada de nuevos contingentes migratorios constituye un factor de cohesión social para la heterogénea sociedad receptora. Sin embargo, no olvidemos que la mayoría de los espacios marginales suburbanos, al igual que las escuelas conflictivas a donde acuden jóvenes airados y sin horizontes, siguen estando ocupados por descendientes de esos inmigrantes de hace cuarenta años. Percibir la llegada de extranjeros como un problema social y crear un frente común, puede crear la ilusión de una aceleración del proceso de incorporación social, pero esto no es más que un espejismo. El desempleo y la precariedad económica siguen siendo los factores esenciales de marginación. Es la falta de cohesión social y de igualdad de oportunidades, y no la diversidad cultural, el verdadero problema social, el eje que divide y fractura a la sociedad.

POSTNACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO TRANSNACIONAL

La sociedad contemporánea se caracteriza por la creciente movilidad, por la deslocalización y el policentrismo.³² Las empresas se deslocalizan y los procesos productivos, además de convertirse en transnacionales, se segmentan, de manera que los empresarios aprovechan los menores costos de producción de los países no desarrollados y con legislaciones medioambientales permisivas para instalar en ellos las factorías contaminantes o los procesos productivos que requieren de mayor mano de obra, reteniendo en los centros metropolitanos las sedes principales de las empresas y los centros de decisión. Multitud de empresarios, gestores y directivos cruzan cada semana el Atlántico para realizar sus gestiones profesionales a miles de kilómetros de distancia de sus lugares de origen y/o residencia. Paralelamente decenas de miles de estudiantes dentro de Europa se aprovechan de los dispositivos interuniversitarios de movilidad para completar sus estudios en un país extranjero. Junto a ellos centenares de millones de turistas realizan sus vacaciones en un país extranjero, optimizando la ocupación de las plazas en líneas aéreas y hoteles de todo el mundo. El deporte, el arte,

³¹ No hay que esforzarse demasiado para identificar paralelismos en el discurso y en las prácticas políticas españolas, tanto por parte de miembros del PP como del PSOE.

³² MANUEL CASTELLS: *La era de la información*, Alianza, Madrid, 3 vols., 1997-98.

el espectáculo es, también, crecientemente internacional y supone la movilización de millones de personas todos los años.

Cada día es mayor el número de directivos empresariales, profesionales liberales, personal académico, deportistas, artistas o el personal de las plataformas petrolíferas que desarrollan de manera deslocalizada y transnacional su trayectoria profesional y, por tanto, personal. Un directivo de una empresa transnacional, por ejemplo, puede cambiar de país de residencia cada cuatro o cinco años y llegar a dar la vuelta al mundo en pos de su empresa, acumulando en los 30 o 35 años de vida profesional activa siete países distintos en su periplo laboral.³³

Las migraciones, junto a la denominada movilidad geoprofesional que acabamos de mencionar, no constituyen ya un epifenómeno o una excepción, sino que son una nueva realidad perfectamente instalada en esa organización transnacional del mundo postnacional.

Dos conclusiones, en el marco de este artículo, merecen ser destacadas. La primera tiene que ver, de nuevo, con la crítica al sistema educativo español, basado en unos principios cerradamente nacionalistas, homogeneizadores, que no preparan a los jóvenes para participar en esas nuevas realidades sociales y profesionales a las que deberán hacer frente. La segunda conclusión, que no tengo espacio para desarrollar aquí, tiene que ver con la mirada que debemos aplicar al mismo estudio de los fenómenos migratorios. Esa mirada tiene que fundamentarse en dos premisas. La primera es reconocer que no hay ruptura, sino continuidad, en el actual fenómeno migratorio que acontece en España respecto a viejas experiencias migratorias y de movilidad que tiene a España como país emisor o receptor de flujos migratorios. La segunda es la necesidad de adoptar una mirada transnacional en el estudio de los fenómenos migratorios. Esto último comporta dos cosas: la primera consiste en romper con el nacionalismo metodológico y la segunda enfatizar en las investigaciones no solamente la llegada de los inmigrantes al país de destino, sino entender las lógicas y prácticas en los países de origen y, sobre todo, las prácticas estrictamente transnacionales, por medio del análisis de las redes que se forman alrededor de las cadenas migratorias, constituidas por agentes todos ellos transnacionales.

³³ CECILIA BERNER: *Las élites emergentes en las grandes empresas corporativas: estructura familiar y movilidad geográfica*, Tarragona, URV, 1995, Tesis doctoral inédita.